

mundanas, se precipitan furiosos á un abismo de males: *Domine, aperi oculos istorum ut videant.* IV. REG. VI, 20. Vos, oh Señor, que iluminais á todos los que acuden á vuestra divina clemencia, y suspiran por la verdadera luz que necesitan; vos, que por especial beneficio, sacando del medio de las turbas al pobre ciego, de quien nos habla el santo Evangelio, y poniéndole á vuestra presencia, le abristeis los ojos, le concedisteis la vista, le disteis la luz necesaria, no solo para ver las cosas del mundo, sino tambien para contemplar las verdades eternas, y seguir el seguro camino de su verdadera dicha; sacad, os rogamos con el mayor encarecimiento, sacad de la confusa turba del mundano bullicio á tantos y tan miserables ciegos, que se hallan con ella en manifiesto peligro de su perdicion; acercadlos á vos, fuente perenne de luz para iluminarles; concededles la vista y la luz que necesitan para ver sus peligros, conocer su miseria, implorar vuestros auxilios, salir con vuestro amparo de su infeliz estado, y buscar con vivas ansias el verdadero camino de su felicidad eterna.

Y vosotros, fieles míos carísimos, vosotros los que, por especial favor del cielo, no habeis incurrido en la ceguedad funestísima de aquellos miserables; ya que teneis aun los ojos abiertos, considerad bien su miseria y escarmentad con ella: mirad con asombro ese confuso bullicio que tiene cubierto de tinieblas al mundo, especialmente en estos dias; mirad con horror y aversion esas juntas sospechosas, esos bailes provocativos, esas casas de juego, esos excesos brutales, esos convites de lujo y profusion, esas escuelas de libertinaje; y, por decirlo en una palabra, mirad con horror y huid con todo vuestro conato esas diversiones vanas, inmodestas, indignas de cristianos, en las cuales el peligro es manifiesto, el tropiezo muy fácil, y la caída puede ser fatal é irreparable. No nos dejemos llevar en estos dias, oh cristianos, de los impulsos del apetito, de las máximas erradas del mundo, ni de las que neciamente se llaman diversiones del tiempo; sino del espíritu y sagradas leyes de nuestra santa Religion, de los avisos tan saludables como seguros de la Iglesia nuestra Madre amantísima, que ya nos llama, no solo con altos clamores, sino tambien con tristes demostraciones al retiro, á la contemplacion, á los ejercicios de piedad, á la verdadera devocion y penitencia. Sigamos constantes tan importantes avisos, y, con su observancia, preparemos dignamente nuestros corazones para la de la santa cuaresma, en que debemos consagrar á Dios nuestros corazones, desprendidos de los bienes, placeres y vanidades del mundo;

solo solícitos de los bienes espirituales y eternos, ansiosos de la divina gracia, y sumamente deseosos de la gloria celestial. Amen.

Véase: CEGUEDAD ESPIRITUAL.

CIELO

(VISION DE DIOS EN EL).

Videmus nunc per speculum et in enigmate, tunc autem facie ad faciem.

Al presente vemos á Dios como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; entonces le veremos cara á cara.

(I. Cor. XIII, 12.)

Queriendo Jesucristo dar á sus amados discípulos una idea de la belleza del paraíso, para animarlos á trabajar por la gloria divina, se transfiguró en presencia de ellos, y les hizo ver la belleza de su semblante. San Pedro, entonces, al sentir una alegría y una dulzura tan inexplicable, exclamó: Señor, detengámonos en este sitio, no nos vayamos de aquí; porque vuestra sola vista me consuela más que todas las delicias de la tierra. Si tan feliz se creía san Pedro viendo á Jesús transfigurado, ¿qué felices serán los santos, que en el cielo ven á Dios cara á cara? En el cielo, dice el evangelista S. Juan, cuando Dios se nos manifieste, nos haremos semejantes á él, porque le veremos cual en sí es: *Cum apparuerit, similes ei erimus, quia videbimus eum sicuti est.* I. JOAN. III. Y S. Pablo añade: Nosotros, contemplando en el cielo la gloria de Dios á cara descubierta, seremos transformados en él. II. Cor. 5. Así, según estos dos sublimes apóstoles, Dios forma la felicidad de los santos, en cuanto ellos tienen la vision de Dios y la semejanza con Dios. No hay, pues, que separar-

nos de la profunda doctrina de estos dos grandes apóstoles, al discurrir hoy también sobre el milagro de la trasfiguración del Señor en su sentido anagógico, es decir, en cuanto fué la muestra y figura de la eterna bienaventuranza, para la cual hemos sido criados; siendo, empero, la materia demasiado importante y extensa para tratada convenientemente en un solo sermón, me limitaré en este día á explicar el misterio de la visión de Dios, que obtendremos por Jesucristo, procurando comprender, en algún modo, la dicha y la gloria que un día gozaremos al ver en el cielo cara á cara á Dios mismo, que ahora solo vemos en el espejo de sus obras, y tras el enigma de la santa fe.

Abstracto y profundísimo es el asunto de la visión de Dios; pero con el auxilio de la Escritura y de los santos Padres, confío poder explicarlo con alguna claridad. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Quién podrá, no digo explicar con palabras, sino formarse siquiera una idea exacta de los arcanos de las mansiones eternas? No es fácil, en verdad, tratar dignamente del profundo misterio de la felicidad de los santos, ante el cual retrocede la penetración de un Tomás de Aquino, enmudece la elocuencia de un Agustín, detiénese la elevación de un Juan Evangelista, y confúndese el ingenio de un Pablo, quien, fuera de sí de asombro y enajenación, solo acierta á decir: que no sabe decir nada; exclamando únicamente, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano pudo jamás idear la magnificencia del premio que Dios, en su liberalidad infinita, tiene reservado en el cielo á los que le aman.

La tierra, á pesar de la infinita variedad de goces y delicias que nos ofrece en sus criaturas, las cuales nos seducen hasta hacernos olvidar con frecuencia del Criador, de nada sirve como término de comparación para argüir la felicidad del cielo: pues, ¿qué semejanza cabe entre el establo y el palacio; entre el pedestal y el trono; entre el suelo de maldición y la morada de eterna bienaventuranza; entre el calabozo de los desterrados y la vivienda de los comprensos; entre los consuelos que Dios en este mundo concede hasta á los réprobos, y la remuneración que en el otro tiene reservada á los elegidos; entre los bienes con que muchas veces castiga á sus enemigos, y los bienes con que premia á sus predilectos? Solamente por boca del mismo Dios podemos formar una idea del reino de Dios: interroguemos, pues, su divina palabra.

Apenas el alma fiel acaba de recorrer la órbita de las pruebas á

que fué sometida, durmiéndose en la preciosa muerte de los justos con un ósculo de paz, vuela al seno de Dios en busca de su eterno reposo. ¡Miradla, llevando en la frente el signo de la predestinación, en el rostro la alegría, y en el corazón la esperanza, precedida de los ángeles y seguida del coro de sus virtudes; cómo sube al monte del Señor, á su lugar santo, donde solo ponen el pié los que se presentan con las manos inocentes y el corazón puro! Si un ciego de nacimiento trasladado á una elevada cumbre, desde donde se descubriese el más vistoso panorama en uno de los hermosos días de primavera, cobrase allí repentinamente la vista, ¿cuál sería su admiración y su gozo al ver, por vez primera, la bóveda azul de los cielos, la hermosura del sol, el encanto de la luz, el matiz de los colores, la belleza de las flores, la riqueza de las plantas, la variedad de las aves, y la multitud inmensa de objetos que adornan y embellecen la tierra? Se le habría hablado muchas veces de todas estas cosas; pero en la profunda oscuridad de su mente, no pudiera formarse de ellas sino ideas vagas, toscas é imperfectas. Ahora bien; ese ejemplo no es más que la pálida imagen del asombro, de la enajenación y del encanto que el alma justa experimenta al entrar en la celestial Jerusalén.

El alma bienaventurada, llena de encanto al verse en una región tan nueva, en una atmósfera tan pura, y en una ciudad tan luminosa exclamará: ¡Oh cuán afortunada soy, gran Dios, de encontrarme en una mansión tan deliciosa! ¡Oh Jerusalén, ciudad santa de Dios! No me engañaba mi fe; cuanto de glorioso y grande oí decir de tí, lo encuentro mucho mayor de lo que había creído, y muy superior al concepto que tenía formado. ¿Puede darse mayor hermosura? ¿puede darse mayor esplendidez? Aquí no hay noche; ninguna nube vela esa lucidez inextinguible; y, sin embargo, no hay sol ni luna? pero ¿qué falta hacen sol ni luna donde está el Cordero divino difundiendo sus eternos resplandores? Y ¿qué clase de seres son los que forman los ejércitos y risueñas falanges de que me veo rodeada; ¿Es posible sean los elegidos que el valle de lágrimas, la tierra, ha enviado al cielo? No hay duda; ellos son: yo los conozco. Esos, que se presentan rodeados de antiguas figuras, símbolos de la fe, son los patriarcas; esos, que tienen en la mano los libros de los vaticinios, emblemas de la esperanza, son los profetas; y esos, que se hallan revestidos del oro de la caridad, son los apóstoles. Ahí están los mártires: ved como resplandece su fortaleza! ahí los doctores: ved como brilla su ciencia! ahí los penitentes: ved como deslumbra su humildad! ahí las vírgenes: ved como enajena su candor! ahí los justos

de ambos Testamentos, las almas buenas de todas condiciones y de todas las edades: ved como flamea el mérito de sus virtudes! Despojados sus cuerpos de la parte terrena y grosera, confúndense con las sustancias espirituales, y la luz celeste que les circunda, los adorna y embellece. ¡Oh mansion de delicias, cuán dulce es permanecer aquí! Una calma profunda sirve de vallado y límite á esta ciudad celestial; el reposo y la quietud imperan en su recinto, y las fuentes del dolor están extinguidas en ella para siempre. Disfrútase una juventud inmortal al abrigo de toda vejez, una salud á cubierto de toda clase de enfermedades, un reposo que no conoce fatiga, y un gozo sin mezcla alguna de tristeza; deseo sin fastidio, paz sin discordia, vida sin recelo de morir.

Quando el paraíso no fuese más que la exención de todo mal y el goce de todo bien, ¿no estarían bien empleados los sacrificios más áridos para adquirirlo? Y, sin embargo, aunque esto se encuentra en el paraíso, no es lo que le constituye esencialmente: ¿acaso los apóstoles hubieran sido tan felices en el Tabor con Moisés y Elías, á no tener consigo á Jesucristo? ¿No les llenó de horror y espanto la sola idea, de que Jesucristo pudiera ausentarse y desaparecer de su vista? Pues así también los santos en el cielo serían infelices, si no tuvieran más felicidad que la compañía de los santos. Efectivamente; criada nuestra alma por Dios y para Dios, únicamente en Dios hallará el objeto capaz de satisfacer la inmensidad de sus deseos y el ardor de su anhelo.

Satisfechos quedarán en el cielo los deseos del alma. ¿Quién ahora será capaz de imaginar el gozo que ha de caber al alma elegida, cuando vea la santa humanidad de Jesucristo llena de gloria, rodeada de un esplendor divino, y sentada en el trono de su majestad, no momentáneamente como la vieron Moisés en el Sinai y los apóstoles en el Tabor, sino tranquila, estable, en aptitud de fijar en ella vista y corazón, para contemplar de lleno la esplendidez de su magnificencia? ¡Qué vista! ¡qué espectáculo! ¡Oh dulce y amable Jesús! repetirá el alma, arrebatada en éxtasis de admiración y delicia. Por fin veo á este Redentor divino, á este Salvador y esposo mio cual en sí es: ¡oh qué belleza contiene su rostro, qué majestad su frente, qué gracia su semblante, qué amabilidad sus labios, qué resplendor sus llagas, qué luz su persona, qué gloria su trono! Tanta grandeza me exalta, tanta bondad me enamora, tanta dulzura me inunda, embriaga y enajena. ¿Quién es también esa Señora augusta, esa Reina majestuosa, que, sentada al lado de Jesús, comparte con él los homenajes del universo, y con su luz y belleza aumenta el gozo de los santos, y

la gloria de la celeste mansion? ¡Ah, bien la conozco en su hermoso semblante, en su amable sonrisa, en su mirada piadosa, en su manto magnífico, adornado con el oro de la caridad, y realzado con el precioso relieve de todas las virtudes! Esta es la verdadera Bersabee, á quien el verdadero Salomón ha colocado á su diestra en un trono tan espléndido como el suyo. Sois vos, María, dulce y divina María, reina, abogada y amorosa madre nuestra! Por fin os veo y contemplo, por fin me cabe la dicha de estar á vuestro lado, y ser siempre feliz con vos!

Los apóstoles quedaron fuera de sí de admiración y embeleso al contemplar el rostro de Jesucristo, que resplandecía como un sol divino, y sus vestiduras de una blancura celestial; y, sin embargo, ellos apenas vieron una mínima porción de su gloria. ¿Qué será de los santos cuando vean á este mismo Redentor en toda la gloria de su reino, sobre un trono el más deslumbrante rodeado de millares de espíritus bienaventurados, gloriosos de poder servir al Verbo eterno unido á su humanidad, como á Señor suyo, y de adorarle como á su Dios? ¡Delicioso espectáculo! Hé ahí los ángeles, los arcángeles, los principados, las virtudes, las dominaciones y las potestades de los cielos, que, á nombre de toda la creación, le rinden las adoraciones y los homenajes del universo! Hé ahí los ángeles custodios del hombre, que, postrados á sus piés, le ofrecen el aroma puro y misterioso de la oración de los justos! Hé ahí los ancianos del pueblo escogido, que deponiendo coronas á sus plantas, le ofrecen, en nombre de los santos, el mérito y la gloria de todas sus virtudes! Hé ahí las vírgenes, que brillando con una nitidez, gracia y belleza especial, teniendo en las manos el lirio de su inocencia, puestas al lado del Cordero con la privanza de esposas, exhalan de sus corazones el suave aroma del pudor, y con sus purísimos labios entonan el cántico de amor nuevo y misterioso, que á ninguna otra lengua es dado repetir! Hé ahí los coros todos de los espíritus beatíficos, que no cesan de unir sus voces en misteriosa armonía, diciendo al Cordero divino: Vos, Señor, á todos nos redimisteis con vuestra sangre, sin distinguir tribu, lengua, pueblo, ni nación, formando de todos nosotros un solo reino para nuestro Dios! APOCAL. X. A nuestro Dios sea, pues, dada la alabanza, la acción de gracias, la sabiduría, el esplendor, la gloria, el honor, la virtud y la fortaleza, por los siglos de los siglos. ¡Oh gozo inestimable! es cierto, pues, que entónces veremos claramente todo lo que ahora humildemente creemos!

2. Pero, ¿será posible, que nuestra mente finita fije sus débiles pupilas en el entendimiento infinito, y contemple aquella sublime luz

sin quedar deslumbrada y oprimida? Sí, lo será; porque así como Jesucristo, unido á nuestra voluntad, nos hará querer á Dios con el mismo amor de Dios, así tambien, unido á nuestra inteligencia, nos hará conocer á Dios con la misma ciencia de Dios, que se nos comunicará en la gloria; de manera, que veremos á Dios por medio del mismo Dios. Reforzada nuestra inteligencia con una luz procedente del divino sol, Jesucristo, no solamente se detendrá sin vacilar ni confundirse en la presencia del Sér infinito, sino que entrará segura en las potencias mismas del Señor, y fijará su mirar intrépido en la naturaleza y la gloria de las divinas perfecciones. ¡Oh vision inefable! ¡quién podrá explicar ni comprender el encanto de ver á Dios en sí mismo y en nosotros, y á nosotros mismos en Dios? Extasiada el alma de admiracion ante una vision tan estupenda exclamará: « Por fin, tengo presente, conozco y veo cual es en sí este Sér tan grande, incomprendible y absoluto, que existe por la necesidad de su existencia, por la sublimidad de su propia naturaleza; ente perfecto, en quien toda idea es un hecho, todo pensamiento una ley, toda voluntad un prodigio; ente principio y fin de todos los entes, y el solo principio y fin de sí mismo. Por fin, comprendo los misterios de la naturaleza divina, de los que el mundo me habló, en los que tantas veces me instruyó la fe, y á los que sin comprenderlos sometí mi entendimiento. ¡Cómo veo ahora claramente aquello que á mi razon le parecia en Dios contradictorio, conciliándose por medio de relaciones misteriosas y de armonías sublimes! Por fin, comprendo cómo y por qué este Sér, perfectamente infinito é infinitamente perfecto, es antiguo y no tiene tiempo, es nuevo y no tiene principio, es libre y no se altera, es inmutable y todo lo absorbe; y se compadece sin debilidad, y castiga sin furor, y se arrepiente sin remordimiento, y se conduce sin tristeza, y subsiste siempre, sin que ningun tiempo le comprenda; y está presente en todas partes, sin que ningun lugar le abarque, y todo lo mueve, sin que ningun movimiento le altere, y todo lo muda sin que ninguna mutacion le cambie, y todo lo prevé, sin que ninguna prevision le turbe, y todo lo gobierna, sin que ninguna empresa le ocupe, y todo lo conoce, sin que ninguna operacion le fatigue, y á todos se comunica, sin que ninguna comunicacion le disminuya, y á todos prodiga, sin que ninguna dádiva le empobrezca. ¡Oh Dios grande, admirable, majestuoso, magnífico, altísimo y beatísimo! Veros á vos cara á cara, es conocer, no solo los atributos y perfecciones de vuestra esencia, sino tambien la suma, la augusta, y eterna trinidad de vuestras Personas en una sola natu-

raleza; la eficacia del poder del Padre, los abismos de la sabiduría del Hijo, y las riquezas de la bondad del Espíritu Santo!

Hé aquí, dirá el alma, como por el *lumen* de gloria, que Jesucristo ha infundido en mí, me he hecho capaz de abarcar con mi inteligencia lo que, bajo la antorcha de la fe, apenas columbraba con estupor. Aquel grande arcano de la naturaleza divina, aquel misterio inextricable de una trinidad de personas en una unidad de sustancia, aquel grande escollo de la razon humana, ahora lo contemplo en sus relaciones más recónditas; y, al fin, lo comprendo sin esfuerzo ni trabajo alguno.

Mientras el gran misterio de la inefable Trinidad, (que para mí ya no lo es) excita mi admiracion y asombro á fuerza de sublimidad, otro misterio, que tambien percibo en vision clara y distinta, el de la Encarnacion del Verbo, me está atrayendo á fuerza de encantos. ¡Cuán grande es, cuán magnífico y digno de la Majestad infinita! Hé aquí reunidos la profundidad, el abismo impenetrable, el santuario inaccesible de la infinita Sabiduría que lo ideó; el Amor infinito que lo motivó, y el Poder infinito que lo cumplió. ¡Cuán bella es esta obra maestra de Dios por excelencia, que, cumplida en medio de los tiempos y en un confin de la tierra, unió lo pasado y lo futuro, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad; obra prodigiosa, que todo lo sublima, todo lo ennoblece, todo lo diviniza en Jesucristo, universal mediador y restaurador! Ahora comprendo, como el Verbo verdaderamente se hizo hombre, sin dejar de ser Dios; y como la excelsa Señora, que le dió á luz, fué madre sin dejar de ser vírgen. Comprendo como el mismo Jesucristo, siendo Hijo de Dios, fué víctima de Dios; siendo hijo del hombre, fué Redentor del hombre, y como, sujeto á las penas del pecado, triunfó del pecado; comprendo como murió realmente en la cruz, no perdiendo su inmortalidad; como fué inmolado para salud de los hombres, granjeando la vision beatifica hasta á los ángeles; y como, consumando su sacrificio en la tierra, levantó hasta los cielos la influencia y los efectos del mismo: *Pacificans sive quæ in terris, sive quæ in caelis sunt.* COLLOSS. I.

5. Y supuesto que la religion cristiana no es sino un reflejo de la infinita sabiduría de Jesucristo, contemplando claramente ahora esta sabiduría en el rostro del Dios humanado, que resplandece con luz divina en su origen, y como en su primera idea, veo ya sin velo y sin enigmas toda la profundidad, toda la excelencia, toda la importancia y grandeza de esta religion, de sus misterios, y de sus prescripciones. ¡Dichoso yo, que en premio de haber creído cual

si viera, veo realmente ahora cuanto creía! Mirad como la sabiduría de Dios gobierna el universo en el orden de la naturaleza, si bien con relacion al de la gracia; mirad como prepara y dispensa la gracia, si bien en el orden de la gloria. ¡Cuán poderosa y eficaz, y á la par, cuán suave es la accion de la gracia! ¡Cómo trueca el corazon sin hacerle violencia, conduciéndole dulcemente del mal al bien, á pesar del inmenso abismo que los separa, sin por esto menoscabar su libertad! ¡Oh cuán ocultas é incomprensibles son las vias por las cuales esta gracia precede á la salvacion de los hombres! ¡Cómo se arde en el fuego de un amor infinito el sacratísimo corazon de nuestro Salvador Jesús! Ya veo de qué manera, y en qué lugar fué dispuesto y cumplido el misterio de los misterios, el prodigio de los prodigios: el sacramento de la Eucaristía. Ya comprendo, porque lo estoy viendo, de qué manera el Verbo de Dios encarnado permanece á un tiempo en el seno del Padre, que eternamente lo engendra; en su humanidad glorificada, á la que inseparablemente está unido en su sacramento para la santificacion de las almas; y de un modo no ménos divino, aunque no tan real, en la doctrina de la Iglesia católica, para ilustracion del universo. ¡Cuántas cosas distingo en una sola! ¡Cuántos misterios en un solo misterio! El pecado original y su herencia; la economía de los sacramentos y su eficacia; la perfeccion de la ley y sus motivos; la fuerza de la palabra evangélica y sus conquistas; los grandes arcanos de la vocacion de los gentiles, de la reprobacion de los judíos, de la tolerancia del error, y de la propagacion sucesiva de la verdad; la expiacion del purgatorio, la eficacia de los sufragios, la eternidad de los castigos, y la inmortalidad de los galardones celestiales.

Y en ese mismo Jesucristo, que me da á conocer el mundo de la gracia y de la gloria, descubro tambien el mundo de la naturaleza. ¡Qué delicioso encanto! nada me oculta de sus conocimientos la Inteligencia infinita, como tampoco nada me esconde de su amor la infinita Bondad! Todas las obras de Dios me son notorias y manifiestas como él mismo: la creacion entera es un libro abierto á mis ojos, donde veo cuanto él tiene de más oculto y desconocido.

¡Cuán menguadas sois vosotras, inteligencias de la tierra! Las más de las obras de Dios os son del todo desconocidas; y esa parte de creacion, que no conoceis, es mucho más sublime y prodigiosa que la que conoceis, y que tanto os admira; yo, sin embargo, conozco todas las leyes que Dios impuso á la materia; la naturaleza íntima de las cosas; sus causas recónditas, sus propiedades, sus virtudes, sus fuerzas, sus efectos, sus relaciones, mediante las cuales entre sí de-

penden, y se enlazan, y se unen íntimamente en un todo único, constituyendo la prodigiosa armonía del universo.

De una manera especial comprendo el mundo pequeño, admirable compendio del mundo grande; el hombre que, en la tierra, es todavía un arcano para él mismo, despues de ocupar por muchos siglos la ciencia y el ingenio de tantos. Conociendo al hombre, conozco en él y comprendo perfectamente á todo el linage humano, la historia de los tiempos, las vicisitudes de los imperios, el lenguaje de los pueblos, las costumbres de las sociedades, los descubrimientos de los sábios, y la ciencia de todos los siglos. ¡Qué dicha, qué gloria! hé aquí, que, en un solo instante, sé más de lo que supieron los hombres juntos de todas las edades: sin confusion ni sombra alguna conozco y abarco todas las verdades. Vosotros, los que velais de noche y os atareais de dia, aguzando el talento para aprender las ciencias humanas, si verdaderamente ansiáis conocerlo y saberlo todo, abrazad la aparente locura de la cruz; no os ruboricéis de parecer necios á los ojos del mundo; servid á Dios, amadle, aseguraos su posesion y su vision, á fin de que en Dios, y con Dios, en un solo momento, penetreis la universalidad de las cosas.

Hermanos míos, todos buscamos la felicidad, todos suspiramos por ella; amemos pues á Dios, y este amor, asegurándonos su posesion, nos hará eternamente dichosos. ¡Dios mio! yo os amo; yo quisiera haberos amado siempre. ¡Quién me diera poder revocar los dias en que no os amé! Pero siendo esto imposible, no cesaré de llorarlos, y me esforzaré en redimir la malicia de aquellos dias perdidos con lo fervoroso y ardiente de mis afectos. Haced, gran Dios, que mi vida sea la aurora y el preludio de aquella vida que los escogidos disfrutan en la eternidad, no reconociendo otra ocupacion que la de amaros. De vuestra infinita bondad espero esta gracia, y con vuestros auxilios quiero amaros cuanto pueda; pues, amándoos, os veré un dia cara á cara, me transformaré en vos, seré semejante á vos, y participaré de vuestra misma bienaventuranza, que es lo que á todos deseo.

CIELO

(SEMEJANZA CON DIOS EN EL).

*Salvatorem expectamus, qui reformabit
corpus humilitatis nostræ, configuratum
corpori claritatis suæ.*

Estamos aguardando el Salvador, el cual
transformará nuestro vil cuerpo, y le hará
conforme al suyo glorioso.

(Philip. iii, 20 et 21.)

El hombre criado por Dios, no puede ser perfecto sino en Dios; y como la perfeccion es el estado natural y el fin á que todos los seres aspiran, por eso el hombre tiene una inclinacion innata, necesaria é incontrastable á unirse con Dios, é identificarse con él. De aquí resulta, que cuando el demonio persuadió al primer hombre, procurase hacerse semejante á Dios, no le propuso un sacrilegio, un delirio ni un absurdo; antes, como hábil y astuto, que es, leyó en su corazon; y conociendo su inclinacion más legítima y natural, la necesidad imperiosa y el vehemente instinto que tiene de semejarse á Dios, le brindó ocasion de satisfacerla. En lo que engañó á Adán, fué en representarle la semejanza con Dios cual feliz consecuencia de su apostasia, siendo así, que solo debia ser el premio de su fidelidad; y en persuadirle, que buscarse en la tierra esta semejanza inefable, cuando solo en el cielo debia esperar su perfeccion.

Más ¡oh economía admirable de los misterios cristianos! La asimilacion á Dios, que vanamente buscó el hombre en esta vida, encuéntrase realmente en la otra. Jesucristo allí hará realmente con nosotros lo que el demonio solo falazmente podia prometernos; por su misericordia nos dará aquello á que sacrilegamente habíamos aspirado por la culpa; nos restituirá lo que el pecado nos quitó; reformará nuestra miseria á tenor del modelo de su grandeza; y á fuer de

verdadero Salvador nuestro, dará el último toque á la obra de la humana salvacion, que consiste en la perfecta rehabilitacion del hombre, haciéndonos imágenes vivientes de su misma persona, consumando, por medio de su gloria, lo que acá en la tierra ha comenzado por medio de su gracia.

Quizá el más grande y estupendo de los milagros que Jesucristo haya obrado en nosotros y por nosotros, será el de hacernos semejantes á Dios, despues de habernos hecho capaces de la vision de Dios. Consideremos en el dia de hoy este gran milagro, cuya prenda y figura nos dió el Señor en su trasfiguracion; milagro por medio del cual se nos anuncia la semejanza perfecta que en el cielo y en Jesucristo adquiriremos con Dios, á fin de que con la expectacion de esta nueva gloria, de esta nueva felicidad, que de Jesucristo debemos esperar, siéndole obedientes y fieles, nos consolemos en medio de las durezas de nuestro destierro y de las penalidades de nuestra vida. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. En el cielo reinaremos con Jesucristo, y seremos partícipes de su felicidad, conforme lo somos en la tierra de sus penas. Jesucristo no solo quiere admitirnos en el cielo al goce de los bienes de su mismo reino, sino tambien á la participacion de la gloria y prerogativas de su misma persona. ¡Qué felicidad! Este cuerpo, despues de dejar en el sepulcro cuanto tiene de miserable y caduco, y de despojarse de todas las deformidades é imperfecciones, surgirá en la verdadera edad del hombre perfecto, con el hermoso continente y el semblante majestuoso de Jesucristo. No se arguya, sin embargo, que nos despojemos del cuerpo actual para vestirnos de otro, sino que sufriremos una verdadera trasfiguracion, semejante á la de Jesucristo, por la que, conservando como él la identidad de nuestra carne, lograremos participar de todos los privilegios de la suya; por manera, que esta carne, ahora tan tosca, pesada, grosera, espesa, doliente, frágil y sujeta á la muerte, espiritualizada en Jesucristo, adquirirá las cuatro dotes de la gloria: *sutileza, ligereza, claridad é impasibilidad*; haciéndose incorruptible con la incorruptibilidad misma, bella con la misma belleza, luminosa con la misma luz, gloriosa con la misma gloria, é inmortal con la misma inmortalidad de la carne glorificada de Jesucristo. Y esta felicísima semejanza, no solamente la tendremos con la santísima humanidad de Jesucristo, sino aun con su divinidad, segun dice el evangelista S. Juan. *Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicut est.* I. JOAN. 3. Así como el es-

pejo, colocado delante de un objeto cualquiera, reproduce su imagen, tambien nosotros, cuando, purificados por la gracia y embellecidos é iluminados por la gloria, nos veamos colocados delante de Dios, cual tersisimos espejos para contemplarlo en toda su majestad por la virtud de su divino espíritu, copiaremos en nosotros aquel gran Sér, haciéndonos imagen clara y perfecta de él. Aunque no comprendemos cómo sucederá esto, sabemos de positivo que sucederá. ¿No veis, en efecto, ahora mismo, como esa misma verdad que os anuncio, sin dividirse ni alterarse, se reproduce íntegra en el entendimiento de cuantos me escuchan? ¿No sabeis, que el que se mira en un espejo roto en mil pedazos, ve en cada uno reproducida su cara? Pues de la propia suerte la faz divina, la imagen de Dios, sin dividirse ni alterarse, se reproduce entera y perfecta en el entendimiento de los bienaventurados que en el cielo la están contemplando.

Además; la semejanza entre el bienaventurado y Dios, no solo es de conocimiento, sino de afecto. Dios, en el cielo, está todo en todos; se comunica y reproduce, no solo en la mente, sino en el corazón de todos, y á todos abarca en su amor, amor do arden siempre, porque sin cesar le contemplan; de manera, que la dicha de conocer claramente á Dios, les engendra la precision de amarlo. ¿Es, en efecto, posible ver y no querer una belleza infinita, que se presenta en toda la magnificencia de sus gracias, de sus perfecciones y de sus encantos? La vision beatifica no es una vision abstractiva, sin interés ni sentimiento, sino una profunda actuacion del entendimiento unida á una adhesion perfecta de corazón, por la que el alma, con todas sus potencias, con todos sus afectos, con todo su deseo, y con todo el ímpetu y vehemencia de que es capaz, se fija en aquella belleza infinita, que la atrae á sí. Y esas llamas de amor divino, mutuamente trasmítidas entre Dios y el alma bienaventurada, con un flujo y reflujo permanente con eterna circulacion, realizan aquel misterio, por medio del cual, recibiendo el espíritu y devolviendo á Dios un mismo amor, unido á él de la manera más íntima y perfecta, resulta estar Dios todo en el espíritu, y el espíritu todo en Dios; pues, así como el objeto conocido se contiene en el que conoce, así el objeto amado, por la condicion del amor, se copia y contiene en el que ama. Es, por tanto, imposible, que el corazón lleno de Dios, envuelto en las llamas de la infinita caridad de Dios, no imprima en sí la semejanza de Dios. ¡Qué venturosa es la condicion del hombre en el cielo! exclama S. Buenaventura; allí no existen ya las miserias y fragilidades de nuestra naturaleza, absorbidas, destruidas y convertidas en propiedades divinas

por el fuego del infinito amor; y no solo el hierro queda convertido en fuego, sino el barro trasfigurado en Dios.

Para que nada falte á la perfeccion de esta semejanza del alma bienaventurada con Dios, copiando en sí la unidad de la naturaleza divina, copia, á la vez, la trinidad de las divinas personas. Recordemos, que estas tres personas cooperaron todas á la creacion del hombre. El Padre le dió la inteligencia, el Hijo el pensamiento y el Espíritu Santo la voluntad; por manera, que así como Dios, en la unidad de su naturaleza, es Padre, Hijo y Espíritu Santo, el hombre es entendimiento, sabiduría y amor en la unidad de su sustancia espiritual; llevando, desde su origen, impreso el sello glorioso de la Unidad y de la Trinidad de Dios, y siendo imagen fiel de ambas. Sin embargo, esta augusta imagen de Dios en el hombre, durante la vida, es alterada con frecuencia por los vicios, y oscurecida por los vapores de los deseos carnales y de los afectos profanos; pero ¿qué hace entónces la Trinidad augusta? Por medio de la gracia restablece la imagen de Dios en el hombre.

Habiendo las tres divinas Personas tomado parte en nuestra creacion y santificacion, la tomarán tambien en nuestra beatificacion; y conforme obraron en nosotros los misterios de la naturaleza y de la gracia, consumirán igualmente el de la gloria, comunicándonos de una manera más colmada, admirable y perfecta, el Padre, el poder de su entendimiento; el Verbo, los tesoros de su sabiduría; y el Espíritu Santo, las delicias de su bondad. De esta manera, el bienaventurado quedará lleno de toda la plenitud de Dios; plenitud de poder, plenitud de sabiduría, y plenitud de bondad; por medio de las cuales el entendimiento creado, revestido de la energía del increado, engendrará en sí mismo un verbo inefable, una palabra interior, que será como el eco del Verbo y de la palabra increadas, reposando uno en otro con una complacencia semejante al increado Amor; es decir, que las potencias del alma se corresponderán entre sí, en cierto modo, con las relaciones inefables que median perennemente entre las personas divinas, y con que el misterio de la Trinidad, obrándose eternamente en los abismos de la naturaleza infinita, se repite y reproduce sin cesar en la naturaleza finita, no solo por sello y *vestigio*, cual se halla en todas las criaturas, sino por *semejanza* mediante una operacion permanente y continua. Así que, el alma bienaventurada no es ya una imagen muerta de los caracteres divinos, sino un retrato vivo, una copia, una repeticion en pequeño del Dios uno y trino, poderosa con su poder, sábia con su sabiduría, amorosa con su amor, viva con su vida, resplandeciente con su esplendidez, bella con su